

te ideal, trabajaría más bien en su ruina que en su conservación (52).

(52) Véase adelante cap. XV.

FIN DEL DISCURSO

Apéndice histórico sobre los detractores

DE MAQUIAVELO

PARECE que la justificación de Maquiavelo exige, para ser completa, una historia seguida y circunstanciada de las diversas persecuciones á que su memoria estuvo expuesta. Esta tarea nos es muy fácil para que seamos excusables en dispensarnos de ella. Los materiales suyos se nos presentan en las notas del elogio que el caballero Florentino J. B. Baldeli hizo de este insigne estadista, y que se leen á la cabeza de las últimas ediciones italianas de sus obras. Haciendo uso de estos materiales, según el orden cronológico, nos veremos precisados á repetir algunos hechos de que llevamos hecha ya mención; pero no será sin que ellos tengan un nuevo interés para nuestros lectores; y la indulgencia de que podríamos necesitar para estas repe-

ticiones, se nos acordará tanto más gustosamente, cuanto vamos casi á limitarnos á traducir las notas de Baldeli.

El más antiguo y primero de cuantos impugnaron los escritos de Maquiavelo, fué, como lo hemos dicho, aquel Cardenal Renaud Polo, cuyos resentimientos personales contra Enrique VIII dejamos ya expuestos antes. Determinóle particularmente á escribir contra el *Libro del Príncipe*, la indignación con que le inflamaban las sumas alabanzas que hacía de esta obra el Ministro favorito de este Monarca, el mismo Tomás Cromwell, que era mirado como el protector de las mudanzas religiosas con que la Inglaterra acababa de separarse de la Iglesia romana. Polo, cuya cabeza estaba pregonada á causa de su libro de *Unitate ecclesioe*, y que se había visto en la precisión de expatriarse, no podía menos de atribuir sus desgracias á este panegirista de Maquiavelo, y sentirse naturalmente inclinado á contradecirle tanto sobre este punto como sobre todos los demás.

Habiéndose refugiado en Italia, y pasado en Florencia el invierno del año de 1534, no había dejado de indagar allí noticias poco favorables á la memoria de Maquiavelo. Las circunstancias políticas en que á la sazón se hallaban los Florentinos, eran sumamente propias para favorecer sus miras. Echan-

do menos con amargura los más de ellos el Gobierno republicano que habían establecido por sí mismos en el año de 1527, y que Carlos V destruyó en el de 1531 con la fuerza de las armas, se estremecían bajo el yugo del tiránico Príncipe que este Emperador les había impuesto. Era Alejandro de Médicis, en quien estaban muy distantes de hallar las buenas prendas de aquel Lorenzo, para el que había compuesto Maquiavelo su *Libro del Príncipe*. No le veían mas que con pena en poder de Alejandro, porque según la opinión común, insertada en los escritos de Juliano de Ricci, nieto del autor, daba á conocer éste mucho á los nuevos príncipes los medios de asegurarse en su principado: *Icrisse un trattato del modo, che devono tenere i Principi nacovino consolidarsi negli stati*. Temiendo los partidarios de la República que él fuera muy útil al nuevo Duque, preservándole eficazmente contra sus designios, debían estar dispuestos á quejarse de su autor; y no se dirigió sin duda Polo á los partidarios del régimen monárquico para hacerse decir mal de Maquiavelo. Halló, sin embargo, entre los republicanos de afecto con quienes consultó, una reserva que no podía satisfacerle. Aun aquellos no podían desistir del alto aprecio suyo que conservaban á Maquiavelo; y para acordar á la pasión de su eminencia algo que no contradijera con su propio modo de

pensar sobre el autor, y no atreviéndose á oponerse enteramente al Cardenal tocante á la ignorancia y ceguedad de que le acusaba (*coecitate et ignoratiá*), imaginaron acusarle, según las ideas republicanas de que hacían ostentación. Dijeron, pues, al Cardenal que él no había llevado otra mira más que la de estimular á su *Príncipe* á unos excesos tiránicos que moviesen á los pueblos á arruinarle. Si fuera menester dar crédito á Polo, habían confirmado esta suposición con un hecho que no estaba mejor probado, diciendo que Maquiavelo mismo había confiado á sus amigos que él no había tenido más intención que ésta al escribir aquella obra para Lorenzo de Médicis (1). Cualquier lector juicioso decidirá sin nosotros, si es razonable dar una plena fe á estas equívocas revelaciones. Sea lo que quiera de esto, Polo se aceleró á prevalecerse de ellas para corroborar los tiros que dirigía contra el *Libro del*

(1) *Cúm de occasione scribendi illum librum [El Príncipe] tum de animi ejus in eodem proposito audivi, de hác coecitate et ignorantia aliquá ex parte excusari potest, dijo Polo, eum tum excusabant cives ejus, cum sermone introducto de illius libro, hanc impiam coecitatem objecissem: ad quod illi responderunt idem, quod dicebant de Maquiavelo cum idem illi aliquando opponeretur; fuisse responsum, se non solum quidem judicium suum in illo libro fuisse secutum, sed illius ad quem scriberet quem cum sciret tyrannicá naturá fuisse ea inseruit quæ non potuerunt tali naturæ non maximé arridere; eadem tamen si exerceret, ce idem judicare quod reliqui omnes, quicumque de*

Príncipe en la apología, que con miras casi únicamente políticas, y en aquel mismo año [el de 1535] como lo dice su prólogo, escribía él de su tratado *de Unitate Ecclesioe* [2]. Debe observarse bien, además, que los cargos que hizo allí á Maquiavelo, no se dirigían casi mas que contra los consejos dados á los príncipes para consolidar su autoridad vacilante, y que estos cargos se hallan en aquella apología misma con que instaba vivamente al intrépido Carlos V, para que volviera sus formidables armas contra el Rey de Inglaterra; de quien el autor, sin embargo, era gobernado natural. Se sabe que después, en el año de 1557, el Papa Paulo IV acusó á Polo de fomentar la herejía; y que éste compuso, en justificación suya, otra apología llena de pasajes muy vivos contra este Pontífice. Se abstuvo, es verdad, de hacerla pública, y la echó á la lumbre; pero fué haciendo aquella insultante cita de Génesis: *Non deteges verenda patristui*, con la cual sola descubría su falta de moderación é imparcialidad.

Regis vel Principis viri institutione scripserant, et experientia docet, breve ejus imperium futurum: id quod maximé exoptabat, cum intus odio flagraret illius principis ad quem scriberet: ne que aliud spectasse in eo libro, quam scribendo ad tyrannum ea quæ tyranno placent, eum suá sponte ruentem præcipitem si posset dare Apología ad Carolum V Cæsarem, super librum De Unitate Ecclesioe, en la página 152 del tomo I de la edición de Brescia, Brixia, 1744.

(2) *Ibidem.*

Incitado con esta contraseña marcial el inquisidor mayor de Roma, Ambrosio Catherin Politi, quiso hacer todavía más que Polo, impugnando los *discursos* mismos de Maquiavelo sobre Tito Livio, igualmente que el *Libro del Príncipe*. Ya estaba compuesto su volumen en folio de *Miscellanza*, que se imprimió en Roma el año de 1552; y sin embargo, tomaba á pechos el insertar en él un párrafo intitulado: *Quam execrandi sint Machiavelti discursus et institutio sui Principis*. No sabiendo con qué enlazarle, se vió reducido á hacer entrar esta digresión en la disertación, *De divinis ac canonicis scripturis*, que formaba ya parte de este volumen, y con la que él no tiene conexión ninguna.

Se ha visto ya que, sin los manejos y clamores de este dominicano, no se hubieran sentado las obras de Maquiavelo en la lista de los libros prohibidos por la nueva Inquisición romana en el pontificado de Paulo IV, en el año de 1551; y que él fué quien forzó á la comisión del Concilio de Trento á incluir estas obras en el *Indice*, que Pío IV aprobó y publicó en el de 1564. No tenemos necesidad de decir que la autoridad de esta lista, muy aumentada desde entonces por los teólogos de la corte romana, no se reconoció jamás en Francia; pero lo que nuestra materia requiere que demos á conocer, es que los comisionados del Concilio fueron deter-

minados á esta prohibición, únicamente por algunos pasajes que podían suprimirse sin perjudicar al fondo de las cosas, y que la prohibición era condicional en algún modo. Tenemos esta particularidad de un contemporáneo, Juliano de Ricci. «Como no había, escribía él en el año de 1594, mas que pocas cosas para excluir de las obras de Maquiavelo para que los comisionados del Concilio dieran licencia para su lectura, tuve el encargo de hacer estas supresiones con messer Nicolás Maquiavelo, mi primo, nieto como yo del autor, á saber: él por su hijo y yo por su hija. La prueba de esta confianza está testificada en una carta, que sobre este particular nos escribieron los ilustrísimos señores cardenales, diputados en la revisión del *Indice*, dado después en 3 de Agosto del año de 1573; cuya carta se halla firmada por el Padre Antonio Posi, Secretario de estos cardenales. Nos atareamos en su consecuencia con ardor á estas correcciones; y habiéndose hecho cuantas se habían indicado, dimos principio enviando á Roma las *Historias* así corregidas; pero no hay cosa ninguna concluida todavía hasta este día; porque queriendo estos señores libertarse de nuestras instancias para que se levantara la prohibición, solicitaron que no se reimprimieran las obras de nuestro abuelo con su nombre (3).

(3) *E perché levatone alcune poche elle restano tali, che si*

Es menester concluir de esto, que á los ojos de aquellos cardenales había más escándalo en el nombre de Maquiavelo que en su doctrina. Se comprende esto por el ardor de que ciertas gentes usaban para desacreditarle sin permitir leerle, y sin que ellos mismos le hubiesen leído, «Parece, añade el caballero Baldeli, que la reimpresión de Maquiavelo se veía embarazada por los jesuitas, quienes, habiendo comenzado ya su guerra contra él, ponían sumo empeño en que continuara anatematizada su memoria. Celosos en ser los únicos conductores de los Estados y Príncipes, prosigue Baldeli, cogían odio á todos los políticos capaces de disputarles la prerogativa de ello, y no podían menos de aborrecer más que á todos los otros al que se miraba entonces como al Príncipe de los estadistas. La prueba de su encono contra ellos en general, se halla en las invectivas que sus libros encierran contra los

possono ammettere, ne fu data la cura a me Giuliano de' Ricci, e a messer Niccolò Machiavelli mio cugino, ambedue suoi nipoti, io figliuolo di una figliuola, e uesser Niccolò figliuolo d'un figliuolo, como appare per una lettera scritta, agli detti dagl' illustrissimi Signore deputati sopra la rivista dell' indice dato al 3 d'agosto 1573, sotto scritta da Fr. Antonio Posti, allora segretario di detti cardinali; e si bene si faticò allorno alla detta revisione, e si corressero tutte, e a Roma si mandò la correzione dell' Istorie. Sino adesso che siamo nel 1594, non si è condotta a fine perché nello stringere, volevano quelli signore, che si ristampassero sott' altro nome, a che si diede passata. (V. JACOB GADDI, de Scriptoribus).

políticos; y su particularísimo encarnizamiento contra Maquiavelo está bastante demostrado con cuanto ellos hicieron y escribieron para desacreditarle, y aun deshonrarle en cuantos países de la Europa no había fundaciones suyas.»

No habían escrito, sin embargo, todavía contra él, cuando en el año de 1576 publicó el calvinista Inocencio Gentillet su *Discurso sobre los medios de gobernar un reino*, en refutación de Maquiavelo. La pretensión que él había tenido de tratar del gobierno de una monarquía, mucho más que la iniciativa que había tomado contra nuestro autor, despertó el celo del P. Antonio Possevin. En un librejo que él publicó en Roma, el año de 1592, para refutar y censurar algunas obras de diversos escritores políticos, impugnó al mismo tiempo, en un difuso capítulo, á Maquiavelo, y la refutación que de él había hecho Inocencio Gentillet. Este capítulo que lleva el título de: *Cautio de iis quoe scripsit tùm Nicolaus Maquiavellus, tùm is qui adversus eum scripsit Anti-Machiavellus*, se puso además, por el P. Possevin, en su *Biblioteca selecta*. ¿Había meditado y comprendido bien él sin duda á Maquiavelo? No por cierto; el Corringio demostró, hasta la última evidencia, en el prólogo de su traducción latina del *Libro del Príncipe*, impresa en Helmestat el año de 1660, que Possevin ni aun le había leído cuando le

refutaba. La pasión no tiene necesidad de instruirse para saciarse. No conocía él de esta obra mas que lo que había dicho Gentillet sobre ella; y aun no hizo otra cosa mas que repetir ciegamente los argumentos de este calvinista, contra el que sin embargo alzaba el grito en lo que éste había dicho de contrario á la Iglesia católica. Pero Possevin mostraba en esto mismo su ciego delirio contra Maquiavelo, que lleno de respeto para con ella, no consideraba mas que el escándalo y ambición de la corte romana, y no los había vituperado mas que á causa de que sufría con ello la religión. Suponiendo insidiosamente Possevin, como un hecho verídico, que él había blasfemado contra la Iglesia, no reconvenía á Gentillet de sus blasfemias mas que diciendo que ellas igualaban y sobrepujaban á las de Maquiavelo: *Sed ubi Machiavellus catholicam appugnat Ecclesiam, vel ubi occasio sese dat, facile Machiavellum blasphemando equat et superat* [*Bibliotheca selecta*]: Venecia, 1603, tomo II, pág. 403.

Otro jesuita de Italia, el P. Lucchesini, vino después á esforzarse á condenar á Maquiavelo al menosprecio público, dando á luz un libro intitulado: *Saggio delle sciocchezze di Niccolò Machiavelli del Padre Lucchesini* [Ensayo sobre las tonterías de, etc.] No se contentó con acusar en él de impiedad á este peregrino ingenio, sino que tiró á hacerle pa-

sar por un necio, y sostuvo con injurias esta mala causa. El público hizo gracia á la obra del Padre Lucchesini, mirándola como una obra maestra de absurdos. Un poeta italiano, que se cree ser Menzini, habló de ella en una sátira por el tenor siguiente:

*Tante sciocchezze non contien quel bello
Opuscolo del Padre Lucchesini
Che tacciò di coglione il Maquiavello;*

Y se halló casi juiciosa la equivocación de un encuadernador de libros, quien, para reducir el título del frontispicio de éste al estrecho espacio que el lomo del volumen presentaba, grabó en él estas palabras: *Sciocchezze del Padre Lucchesini*.

No contentos los jesuitas de Italia con desacreditar á Maquiavelo en su país, prosigue Baldeli, hicieron que los hermanos suyos de los diferentes Estados de la Europa escribieran contra él. En España, el P. Rivadeneyra compuso un *Tratado de las virtudes del Príncipe cristiano*, del que los de Italia hicieron una traducción en su lengua, y que publicaron en el año de 1598. Pero el impugnador español de Maquiavelo deshonoraba por sí mismo su tratado desde su epístola dedicatoria. Dirigiéndola al infante Don Felipe, heredero presuntivo del trono de todas las Españas, le exhortaba á tomar por mo-

delo de las virtudes que él iba á exponerle, á aquellos ascendientes suyos que, por máxima de religión, se habían manifestado los más crueles. Le designaba más especialmente «á Fernando III, quien, decía él, tenía tanto celo en conservar pura y sincera nuestra fe, que, según los testimonios de graves autores, no se ceñía á hacer castigar á los herejes, sino que él mismo iba, cuando había de quemarse alguno de ellos, á llevar la leña y ponerle fuego. V. A., concluía el P. Rivadeneyra, debe imitar á aquel santo monarca, como también á sus mayores Isabel y Fernando V, que arrojaron de España á los moros y judíos, y establecieron el Santo Oficio de la Inquisición.»

En Francia veían, hacia el año de 1730, al P. Binet inventar cuentos calumniosos para desacreditar á Maquiavelo, y para sobrepujar en esto al protestante de Augsburgo Spizelio, que hacía también la guerra á la memoria de nuestro autor. Aun Binet tenía después el atrevimiento de prevalecerse de la autoridad de Spizelio, que no había hecho realmente mas que repetir las calumnias inventadas por él mismo. Así es como él acreditó la falsa anécdota, de la visión en que había supuesto que habiéndose presentado juntos el Infierno y la Gloria á la elección de Maquiavelo moribundo, había dicho que él prefería ir al Infierno, porque había visto allí á Sé-

neca, Tácito, Plutarco, etc., mientras que no había visto en la Gloria mas que á pobres gentes contrahchas y andrajosas. Cuando Binet insertó esta anécdota en su *Salud de Orígenes* no tuvo vergüenza de corroborarla con el testimonio de Spizelio, quien la había repetido en su *Scrutinio atheismi*, p. 135. Pero Spizelio confesaba que él la sabía de un tal Marchand; y este mismo Marchand no la había citado mas que apoyándose sobre la autoridad del P. Binet. Antes de él, no la hallaban en parte ninguna; y este jesuita, que no vivió sino más de un siglo después de Maquiavelo, no era creíble sobre un hecho no solamente ignorado de sus contemporáneos, sino también desmentido por ellos mismos tan formalmente como podía serlo, según ahora mismo lo veremos.

Sin embargo, el tan infatigable como poco juicioso compilador Teófilo Raynaud, igualmente jesuita, vino á acoger este cuento, á realzarle y acreditarle en sus *Eroteremata de bonis et malis libris*, publicados en el año de 1658. Pero no tenía él más fundamento que el testimonio; ó por mejor decir, la pérfida invención de su hermano Binet.

Emulos los jesuitas de Baviera del protestante augsburgués Spizelio, vecino suyo, obraban en ello más vivamente todavía que sus hermanos de Francia, contra la memoria de Maquiavelo. Los de In-